

XIII.

La vuelta de los prisioneros.

Fácil es figurarse la consternación en que puso á aquel noble auditorio la relación del caballero ; no había uno entre los que allí se encontraban que no tuviese alguna persona que le interesase entre los muertos ó prisioneros : el uno perdía su hermano, el otro su hijo, aquella su esposa, el rey de Francia su brillante y lucida caballería.

Sin embargo, al propio tiempo que se lloraba por los muertos, se pensaba en el rescate de los cautivos ; tratóse de enviar un presente á Bayaceto para prepararle bien á las negociaciones que se pensaba entablar con él, y cada cual se informó por su parte de aquellos objetos que pudieran ser más

de su agrado. Se averiguó, que era apasionadísimo á la caza y que todos los años su amigo Galeas de Milán le enviaba halcones blancos. Pagáronse á precio de oro, porque es especie muy rara, doce hermosísimos gerifaltes, enseñados y adiestrados ; en seguida el señor de Helly, que había tenido ocasión de reparar el gusto de Bayaceto hacia las alfombras y tapices, aconsejó que se agregaran á aquel primer presente algunos de los ricos tapices con personajes históricos, que solo sabían fabricar en Arras. El duque de Borgoña salió en persona para aquella villa y compró una magnífica alfombra, que representaba por completo la historia del gran rey Alejandro de Macedonia, de quien suponía descender Bayaceto : añadiéronse á esto además varias piezas de orfebrería delicadamente trabajadas por los mejores artífices, estofas de Reims, paño escarlato de Bruselas, doce soberbios galgos y diez hermosos caballos con caparazones y arneses de terciopelo, en los que brillaban el oro y las piedras preciosas.

Como ya había terminado su mensaje el señor de Helly, vino á despedirse del rey y del duque de Borgoña, pues regresaba á cumplir su palabra y ponerse en manos de Bayaceto, según lo había jurado. El duque Felipe le suplicó que se encargase

de los presentes que enviaba á Bayaceto, creyendo que el emperador los recibiría con más gusto de manos de aquel á quien había escogido por mensajero; pero el noble caballero le hizo observar que aun ignoraba la suerte que le estaba reservada por el vencedor, y que era muy posible que no volviese á pisar el suelo de Francia; por lo que fueron nombrados como agregados para traer noticias de la embajada, el señor de Vergy, gobernador del condado de Borgoña, sire de Chateumorand, que tan ventajosamente había mediado en otro tiempo en la tregua con Inglaterra, y sire de Leuringhem, gobernador del condado de Flandes. Madama de Coucy envió por su parte al lado de su marido y de sus dos hermanos un caballero de Cambresis, llamado Roberto Desnes, servido y acompañado por una escolta de cinco mesnaderos escuderos. Esta embajada debía pasar por Milán, y recomendada por madama Valentina, tomar cartas del duque Galeas para el emperador Bayaceto: en agradecimiento de este servicio, prometió el rey de Francia á aquel grande poner flores de lis en su escudo.

Luego que marcharon los encargados del mensaje, se ocuparon los duques de Borgoña en juntar el dinero necesario para el rescate de los cautivos; en consecuencia, salieron de París y se retiraron á

Dijón, con el objeto de atender á las tallas que iban á ser impuestas sobre sus estados. El duque de Orleans quedó por lo mismo solo en el poder; y supo aprovecharse tan bien de la ocasión, y se manejó con tal habilidad para consolidarse en él, que el rey le encargó el gobierno entero y absoluto del reino, con facultades para suplirle en todo hasta tanto que no estuviese él en estado de gobernarle por sí mismo.

Por este tiempo estalló en Inglaterra una revolución, que debía ejercer un gran influjo en el destino de la Francia.

El conde de Derby, que ya conocemos desde el principio de esta historia, por haberle visto venir á hacer armas contra el duque de Orleans en las funciones que tuvieron lugar para celebrar la entrada de la reina Isabel, era, según dijimos, hijo del duque de Lancaster, y tenía un partido numeroso en Inglaterra. Su padre acababa de morir, y el rey Ricardo, temiendo que la rica sucesión que iba á pasar á sus manos le sirviese para granjearse nuevos prosélitos, se negó á entregársela, á pesar del derecho que le asistía.

El conde de Derby se hallaba á la sazón en Francia, no en clase de mensajero de la corona, como la primera vez, sino en clase de desterrado.

Una disputa particular que tuvo con el conde de Nottingham proporcionó al rey un pretexto para alejar de Inglaterra al que ya empezaba á mirar como rival.

Aquella injusticia del rey para con el conde de Derby, produjo un efecto enteramente contrario al que aguardaba Ricardo : toda la nobleza y el clero se declararon por el partido del desterrado. El pueblo, agobiado de impuestos, cansado de las tropelías de la gente de guerra, que no pagaba nada y que vivía saqueando á los labradores y robando á los mercaderes, gritaba contra aquellas vejaciones á que no estaba acostumbrado, y no aguardaba más que la ocasión de hacer causa común con la nobleza en contra del rey.

El conde de Derby, fijos los ojos en Inglaterra, aguardaba á que las cosas estuviesen en sazón. Llegó el momento aun más pronto de lo que él se creía ; y mientras Ricardo se encaminaba á hacer una expedición á Irlanda, recibió aviso de que si se sentía con fortaleza de alma para arriesgar la cabeza por un reino, atravesase el estrecho. El conde no vaciló un instante ; despidióse del duque de Bretaña, su primo, á cuyo lado se había retirado, partió del Havre, y después de dos días y dos noches de navegación, desembarcó en Ravens-

pur, en el Yorkshire, entre Hall y Brintingtón.

De tal modo era aborrecido el antiguo rey, que la marcha del conde á Londres fué un triunfo continuo. Los habitantes de las ciudades le abrían las puertas y le presentaban de hinojos las llaves, los trovadores le seguían cantando en loor suyo, y las mujeres cubrían con flores el camino por donde había de pasar.

Cuando llegaron á noticia de Ricardo aquellas nuevas, regresó con su ejército hacia la capital ; pero abandonado por sus soldados y sin poderles decidir á pelear, se vió obligado á entregarse prisionero : condujéronle á la gran torre de Londres, instruyóse la causa, las Cámaras le depusieron, y el conde de Derby, proclamado rey bajo el nombre de Enrique IV, recibió el cetro y la corona de manos del mismo á quien había destronado.

Esta noticia llegó á Francia por madama de Coucy, que estaba al lado de Isabel, pobre joven que no había conocido más que los sinsabores del amor y los disgustos de la majestad, y que regresaba á Francia, viuda de un marido vivo, pero ya sentenciado. Todos decían que aquella ofensa hecha á la corona de Francia, no podía quedar impune ; y sin embargo, confesaban al mismo tiempo la

imposibilidad de declarar la guerra, en el estado de escasez de hombres y dinero en que se encontraba el reino. Fué tal la cólera del duque de Orleans al saber aquel insulto y tal el pesar por la impotencia en que se hallaba la nación, que envió á desafiar en su nombre al rey de Inglaterra, por medio de Orleans, su heraldo, y de Champagne, su rey de armas, proponiéndole un combate á muerte y sin misericordia, en el sitio que él fijase y con las armas que eligiese. Enrique IV rehusó el duelo.

Esto no obstante, el duque de Orleans gobernaba el reino como hombre, según el dicho de Juvenal, crítico historiador de aquella época, que necesitaba le gobernasen á él mismo: las tallas y pechos se sucedían con tal rapidez para subvenir á sus prodigalidades y á las de la reina, que antes que los últimos se hubiesen pagado, se imponían otros nuevos; en fin, cuando el pueblo quedó exhausto, el duque decretó una talla sobre el clero; verdad es que para hacerla llevadera se encubrió bajo el título de empréstito. Esto suscitó grandes diferencias entre los prelados, porque unos se negaron á reconocer el impuesto y dejaron que se apoderasen á la fuerza de la cuarta parte de su cosecha en las granjas y graneros, en tanto que otros, por el contrario, humildes aduladores del duque de

Orleans, descomulgaron á todos los que no obedecieron el edicto.

El regente, lejos de abrir los ojos á la sazón con semejante escándalo, contestó á aquel cisma decretando una nueva contribución, que comprendía á la vez á la nobleza, al clero y al pueblo: la orden expresaba que había sido negocio resuelto en presencia y bajo el consentimiento de los duques de Borgoña, de Borbón y de Berry, lo cual era falso. Estos dos últimos manifestaron públicamente que nada tenían que ver con aquel impuesto.

En cuanto al duque de Borgoña, como ya había arreglado el rescate de su hijo y acababa de saber que el conde de Nevers estaba en camino, resolvió presentarse él mismo en París para desmentir solemnemente á su sobrino.

Luego que el duque de Orleans supo que venía el conde de Nevers, pensó que ya no podía sostenerse por más tiempo en aquella situación, y dióse prisa á publicar que el rey, merced á sus instancias y á las de madama Isabel, derogaba la orden sobre la última talla, y que por consiguiente no sería exigida; empero esto no contuvo al duque Felipe, descubrió, por el contrario, en este paso una muestra de la debilidad de su adversario y resolvió sacar provecho de ella.

Cuando llegó á París se puso en inteligencia con los duques de Berry y de Borbón, cuyos nombres habían sido comprometidos á la par que el suyo ; y después de haber hecho algunas respetuosas observaciones al rey, consiguieron que se convocase el consejo para deliberar en manos de cuál de los príncipes seguiría el poder. El duque de Borgoña propuso además, que para que la discusión pudiese tener lugar con plena libertad, no se presentase ni uno ni otro en el consejo, á lo cual se obligaba, si su sobrino consentía, en no parecer por él. El duque de Orleans aceptó, aunque presumía con fundamento que el fallo no le sería favorable, porque si bien se le concedían generalmente todas las cualidades de un noble y galán caballero, negábase también que tuviese ninguna de las virtudes de un hombre de Estado : por consiguiente, fué mayor su despecho que su asombro cuando vinieron á anunciarle que el partido del duque de Borgoña había vencido, y que éste quedaba encargado del gobierno de los negocios públicos en su lugar.

Los dos rivales se encontraron con este motivo frente á frente de nuevo con un odio más, y sin embargo, tanto era ya el que sus corazones encerraban, que apenas pudieron creer hasta entonces que cupiese en ellos más. El duque de Orleans aparentó

consolarse de su caída, haciendo ostensiblemente la corte á la condesa de Nevers, hijastra del duque ; tal era su modo de vengarse : en breve veremos cuál fué el del conde de Nevers.

Todo se había ya dispuesto y arreglado, como hemos dicho, con Bayaceto para el rescate de los cinco prisioneros, porque ya no eran más que cinco : el señor de Coucy había muerto en su cautiverio con gran sentimiento de sus compañeros. El emperador puso en libertad á messire Santiago de Helly, haciendo mil elogios acerca de su valor y lealtad, y concedió además una audiencia de despedida á los caballeros. El conde de Nevers se encargó de darle las gracias en nombre de sus amigos y en el suyo propio, por la cortesanía con que los había tratado. Bayaceto le mandó acercar, y queriéndole él hincar una rodilla en tierra, le cogió por la mano, y le dijo en lengua turca estas palabras, que sus intérpretes repitieron en lengua latina :

— Juan, sé que en tu país eres un gran señor é hijo de un nobilísimo padre que cuenta reyes entre sus abuelos : eres joven, y tal vez cuando estés de regreso en tu patria se burlen y critiquen sobre lo que te ha acaecido en tu primera empresa caballeresca, lo cual motive, que por volver por tu honor hagas un gran esfuerzo y reunas crecido número de

gente de guerra para formar, como vosotros decís, una nueva cruzada ; si te temiese, te haría jurar con tus demás compañeros por vuestro honor y creencias, que jamás volveríais á empuñar las armas contra mí ; pero lejos de eso, cuando estés de vuelta, en tu país, puedes hacer lo que gustes. Reune para venir en contra mía el mayor ejército que haya pisado la tierra, ven, que me hallarás siempre dispuesto y armado para la batalla ; y digo esto, no solo por ti, sino por todos á quien bien te pareciere repetir estas palabras, porque he nacido para conquistas y empresas de guerra.

Después de estas palabras, que quedaron grabadas para siempre en el corazón de los que las habían oído, los prisioneros pasaron á manos de los señores de Metelin y de Abydos, que estaban encargados de la negociación, y eran los que la habían llevado á cabo. Esto no obstante, las gentes del emperador los escoltaron hasta las galeras, y no los abandonaron hasta tanto que se hubo levantado el áncora. La flota se hizo á la vela para Metelin, adonde llegó sin el menor contratiempo.

Ya los estaban esperando allí con impaciencia : fueron magníficamente recibidos por la mujer de dicho señor, que había sido dama de la imperatriz de Constantinopla, y durante aquel tiempo había

oído hablar mucho sobre Francia. Dióse por muy honrada en recibir á algunos de los de más hidalga sangre de aquella nación ; mandó que les prepararan las habitaciones mejores de su palacio, y en ellas encontraron, en vez de sus vestidos raídos y usados, trajes al gusto griego de las mejores telas del Asia.

Apenas habían acabado de vestirse les anunciaron la llegada de messire Jacobo de Braquemont, mariscal de Rodas : venía á buscar á los caballeros par llevarlos á aquella isla, en la que el gran prior los aguardaba con ansia é impaciencia. Despidiéronse en consecuencia del señor y la dama de Metelin, que tan cortesmente los habían recibido, y se dieron á la vela. Pocos días de travesía bastaron para llegar al puerto, y en la orilla los aguardaban para hacerles los honores los principales señores de Rodas, excelentes jueces en materia de religión y caballería, porque llevaban sobre el pecho la cruz blanca, en memoria de la pasión, y todos los días tenían que rechazar algún nuevo asalto por parte de los infieles.

El gran maestre y los más nobles de entre los caballeros, repartieron entre sí el honor de recibir al conde de Nevers y sus compañeros ; ofreciéronles hasta dinero, cosa que necesitaban en gran manera,

y Juan de Nevers aceptó para él y sus amigos la cantidad de 30,000 francos, de que se declaró el único deudor para con el gran maestro, á pesar de que más de la tercera parte fué distribuida entre sus compañeros.

En tanto que se hallaban en la ciudad de San Juan aguardando la galera de Venecia que debía venir á conducirlos, cayó malo messire Guy de La Tremouille, señor de Sully, y á los pocos días de enfermedad pasó á mejor vida. Costábale sin duda trabajo á la muerte dejar escapar á aquellos hombres que se habían visto tan cerca de la tumba, y que aun en aquel momento estaban más cerca de ella que de su salvación. Sire de Coucy había sucumbido hacía poco tiempo, y á su vez, sire de La Tremouille acababa de cerrar los ojos para no volverlos á abrir. Los caballeros creyeron que alguna maldición pesaba sobre ellos, y que estaban destinados á no volver á ver su patria ni uno solo: hicieron los funerales á aquel amigo, cuya muerte los reducía al número de cuatro; y habiéndole depositado en la iglesia de San Juan de Rodas, subieron á los bajeles venecianos, que habían entrado en el puerto mientras ellos cumplían con aquel deber postrimero.

Dióse orden al piloto antes de marchar para que

arribase en todas las islas que se hallasen en la travesía, á fin de que la fatiga fuese menor y que el conde pudiese recorrer las tierras que hay entre Venecia y Rodas. De esta suerte los viajeros desembarcaron sucesivamente en Modón, Corfú, Leucade y Cefalonia: aquí se detuvieron algunos días, porque las mujeres de aquellas islas les parecieron tan hermosas, que las tomaron por ninfas ó hadas; y así el conde de Nevers con sus compañeros gastaron en regalos para aquellas magas la mayor parte del dinero que les había prestado, para muy distinto uso sin duda, el buen prior de los caballeros de Rodas.

No dejó de costar trabajo arrancarlos de aquel paraíso; pero por último fué forzoso decidirse á salir de él, porque aun les faltaba largo trecho antes de llegar á Venecia. Montaron de nuevo en las galeras y navegaron tanto á favor de vientos y remos, que muy luego se encontraron en Ragusa, Zara y Parenzo; allí se embarcaron en naves más ligeras para poder llegar hasta Venecia, por no ser el mar que baña sus pies bastante profundo para ser surcado por grandes galeras.

Luego que llegaron, encontró allí el conde de Nevers una partida de sus gentes, que el duque y la duquesa habían enviado para esperarlos. Vinieron

también muy luego los señores de Haugier y de Helly acompañando al resto de su casa, y trayendo consigo carros cargados de vajilla de oro y plata, ropas y trajes magníficos y estofas de todas clases. Juan de Borgoña se puso en camino desde aquel instante con el esplendor y acompañamiento que correspondía á un noble de su clase, y llegó á Francia con más apariencia de vencedor que de vencido.

Poco tiempo después de su regreso murió en su castillo de Halle Felipe el Audaz á los setenta y tres años de edad, y por esta muerte volvió la regencia al duque de Orleans.

El conde de Nevers pasó á ser duque de Borgoña.

Once meses después murió la duquesa, y el duque Juan de Borgoña vino á ser conde de Flandes y de Artois, señor de Salins, palatino de Malines, de Alost y de Termond, es decir, uno de los príncipes más poderosos de la cristiandad.

XIV

La tempestad.

Este acontecimiento iba á sacar á la luz pública las grandes disensiones que hasta entonces habían dividido á las dos familias. Hasta aquel día el respeto que infundía la edad del duque Felipe y la prudencia, hija de su edad, que le caracterizaba, había dado un colorido político á aquellas discordias primerizas, colorido que iba á desaparecer: los odios particulares, odios de ambición personal, de amor, y de amor propio ofendido, odios terribles y sangrientos, iban á levantar sus rostros sin careta ni disfraz, é iban á lanzarse en una lucha obstinada como dos furibundos atletas. Cada uno de los dos presagiaba un funesto porvenir, conocía